

tiro) abandonados y sacrificados. No era por lo tanto de sorprenderse que habian llegado á ser desconfiados.

Se necesita una audacia sin límites para tomarse la licencia de decir por la prensa tantas falsedades. Por el párrafo que acabamos de copiar aparece que los austriacos fueron los héroes en todos los combates que la division Marquez tuvo que sostener en su marcha rumbo á Puebla y la retirada á México. La descripción que hemos hechos de aquellos sucesos da á cada uno el lugar que le correspondió, sin servirnos nunca de la injusticia y de la mentira. No hablaremos de la conducta que observó el general Márquez al separarse de sus tropas cerca de Texcoco; pero si tornaremos á citar la muy recomendable del coronel Arrieta, quien no abandonó sus filas ni en los momentos de mayor conflicto. Pues bien, como este gefe habia en México otros muchos, que como Tavera, Diaz de la Vega, (D. Manuel), Quiroga, Tovar y otros, no han desmentido jamas su reputacion de valientes y entendidos, y que por consiguiente son dignos de mandar á cualquiera tropa del mundo. No habia en consecuencia razon para que los austriacos se disgustasen de estar á las órdenes de los gefes mexicanos, cuando la mayor parte de estos podian guiarlos por la senda del honor. Así es, que aún suponiendo que el general Márquez se hubiera mostrado indigno en lo de adelante, en México, como en San Lorenzo, no habia faltado un gefe de honor que lo sustituyese ventajosamente.

No podemos creer, y con sobrada justicia, que el Emperador hubiera confiado exclusivamente en las tropas

austriacas, para que por sí solas defendiesen y conservasen la capital del Imperio: en primer lugar, mil doscientos ó mil trescientos hombres, por exajerados que fueran su valor y disciplina, eran materialmente impotentes para el objeto; en segundo, si S. M. habia dado á dichas tropas ese difícil encargo, ¿cómo es que en las instrucciones que se dieron al general Márquez, se le ordenaba que á su vuelta á Querétaro llevase á esas mismas tropas? Parece que estas dos objeciones no tienen réplica.

Hay opiniones que una vez emitidas por un militar, forman su crítica apología de una manera inevitable. En consonancia con este juicio, vamos á trasladar aquí la que emite el príncipe de Salm ó el *testigo ocular* de quien ha tomado sus datos respecto al abandono de Chapultepec y villa de Guadalupe, desde el momento en que las fuerzas republicanas se acercaron á la capital. *El 13 de Abril se abandonó á Chapultepec y Guadalupe. Este fué un grande error, pues al hacerlo así, el ejército se encerró en México y dió al enemigo puntos excelentes para sostener el bloqueo; lugares culminantes que fácilmente se podian haber defendido. El temor fué el motivo para haberlo hecho así.* Ya hemos dicho las tropas y elementos con que se contaba en México para resistir al ejército republicano despues del descalabro de San Lorenzo, y hemos dicho tambien hasta dónde habia llegado el desconcierto y la desanimacion que los mismos sucesos habian engendrado en el ánimo de todos aquellos que, comprometidos en la causa del Imperio, estaban en el sagrado deber de procurar el sostenimien-

to de la capital, aunque no fuera sino durante el tiempo necesario para saber el resultado que obtendría el pequeño ejército sitiado en Querétaro; pero desprendiéndonos de todas estas circunstancias y circunscribiéndonos á la parte material que se relaciona con la defensa de México, ¿en qué cabeza, por peor organizada que esté, cabe la idea de conservar los puntos de Chapultepec y villa de Guadalupe, cuando se trata de sostener el sitio de una plaza como México, en que el perímetro fortificado tiene un desenvolvimiento de seis á siete leguas, cuando se cuenta solamente para la defensa con cuatro ó cinco mil hombres, mal disciplinados y peor armados? Nosotros, aunque sin abrigar la idea de creernos militares de nota, concebimos perfectamente las ventajas que podrian resultar á la defensa de la capital de México, conservando las alturas de Chapultepec y villa de Guadalupe, como centinelas avanzados de la línea fortificada; pero esto, en el concepto de poderse disponer de un ejército de veinte á veinticinco mil hombres, indispensables para la defensa de la plaza y para conservar dichas posiciones: de otra manera, y en el caso en que se encontraban los gefes imperialistas que mandaban en la capital el mes de Abril de 1867, hubiera sido un absurdo, un disparate inconcebible, establecer en Chapultepec y Guadalupe una guarnicion que habria sido inevitablemente cortada, puesto que no podría impartírsele ninguna proteccion ó socorro por las tropas de México. Más todavía; la guarnicion de Chapultepec, necesitaba estar provista de los víveres y municiones indispensables pa-

ra sostenerse por sí misma, pues es natural que desde el momento en que se hubiera comenzado á establecer el bloqueo por el ejército republicano, debia perder toda esperanza de proporcionarse unos y otras.

*“Porfirio Diaz, por lo tanto, se lisongeó con la esperanza de tomar la ciudad; aunque defendida como lo estaba por europeos.”* Estas frases necesitamos tomarlas como una fanfarronada ridícula: en efecto, despues de lo que hemos dicho y de lo que todos pueden saber ó comprender, ¿deben estimarse de otra manera las palabras de Salm? ¿un millar ó poco mas de extranjeros, seria capaz de defender la extensa línea fortificada de México? Leonidas con sus trescientos espartanos defendia solamente el paso de las Termópilas, y sin embargo, no lograron triunfar, sino sucumbir con gloria. ¿Qué habria sucedido en México con los austriacos?

No sabemos las razones por las cuales el general Márquez se olvidó de hacer introducir á la capital los víveres y ganados existentes en los alrededores; puede ser que no haya tenido tiempo suficiente para ello, pues de otra manera, esta falta seria imperdonable.

Si dicho general no reunió en junta de guerra á los gefes secundarios del ejército para tratar con ellos de las necesidades de la situacion, nos parece que hizo perfectamente, y es gran error de parte de los gefes austriacos, creer que es un deber del gefe de una plaza, el reunir en junta de guerra á todos los gefes de la guarnicion para consultarles los altos negocios de la campaña. En caso de duda, ó cuando el general en ge-

fe tuviese la intencion de salvar su responsabilidad, deberá reunir solamente á los gefes superiores.

Nos cuesta trabajo resistir á la tentacion de describir todos los pormenores é incidentes del sitio de México; pero estamos obligados á continuar en nuestro propósito y á desentendernos de todo aquello que nos haria jugar el papel de historiadores, del cual, lo confesamos, no nos creemos capaces. Por esto es que nuestra desaliñada relacion parecerá trunca y poco interesante á todos aquellos que busquen en ella toda la parte histórica del sitio de México. Continuaremos, pues, como hasta aquí, sujetándonos á analizar y destruir con pruebas lógicas y verídicas, todos aquellos hechos en que Salm, olvidándose de la verdad ó fiándose en datos apasionados, merezca ser desmentido.

Véase como se espresa, después de hacer el panegírico mas ó menos exacto de algunos gefes republicanos.

*“Pero á esto se encontraba frente á México; (hablando de D. Porfirio Diaz) no habia allí garita que comprar como en Puebla, y en cada pequeña puerta estaba un valiente oficial austriaco, y los Noriegas no se propagan ni en el Danubio, ni en las llanuras de Flándes, ni en los campos de Francia. Numerosos destacamentos de caballería ocupaban toda la noche las principales calles de México. Porfirio Diaz no podia menos de decirse á sí mismo que le era imposible tomar á México por la fuerza, puesto que estaba defendido por mil extranjeros.”*

La lectura del párrafo que acabamos de copiar, en cierra tales acusaciones, tales imposturas y tal villanía, que no encontramos frases suficientemente enérgicas

para contestarle convenientemente. El general Noriega vendiendo la plaza de Puebla al enemigo: el general republicano Porfirio Diaz convencido de que no podia tomar á México á viva fuerza, á pesar de sus numerosas tropas y abundantes elementos de guerra, por la sola circunstancia de encontrarse mil extranjeros entre los defensores de ella: en fin, un valiente oficial austriaco en cada puerta de la ciudad, sirviendo de garantía, para que la plaza no fuese tomada por la fuerza ó por traicion. ¿Qué mas puede pedirse? Afortunadamente la voz y las acusaciones del despreciable y mentecato escritor pesarán bien poco en el ánimo y decision de cuantos hayan pasado los ojos por el súcio folleto que refutamos, pues tenemos objeciones y pruebas palpables que poner en pro de la verdad.

El general D. Manuel Noriega, antiguo y honrado militar, podrá tener muchos defectos, pero jamas se ha sabido que en el curso de su dilatada carrera se haya manchado con una falta de la magnitud de la que hoy se le atribuye por Salm.\*

Nosotros no sabemos las circunstancias ó medios de que se sirvió el general republicano para posesionarse de la ciudad; pero creemos que cualesquiera que ha-

\* Habiendo tenido noticia el Sr. General Noriega de que nos ocupábamos de este asunto, nos ha remitido una manifestacion escrita en su defensa y para rectificar los hechos. Nos ha parecido conveniente, bajo todos aspectos, hacerla conocer, y por esto la hemos agregado, como Apéndice á nuestro capítulo.

yan sido estos medios, son enteramente extraños á la traicion del general Noriega, quien ya ocupada la plaza, se mantuvo dos dias con parte de sus tropas en los cerros de Guadalupe y Loreto, en donde se rindió. Estamos seguros que el repetido general Noriega protestará enérgicamente contra esta infame acusacion, que afortunadamente ha sido lanzada contra él por un extranjero venal y apasionado. Quizá el general republicano, á quien de paso toca una parte de esta acusacion, protestará igualmente contra ella.

¿Qué podremos decir, y qué dirán tambien cuantos lean las Memorias de Salm, al hablar del ejército republicano, fuerte en diez y ocho ó veinte mil hombres, y al que la sola presencia de mil soldados extranjeros, lo contuvo para resolverse á asaltar la plaza de México? ¿Y qué, de esos valientes oficiales austriacos colocados uno en cada pequeña puerta de México y á cuya sola presencia el valor de los sitiadores y la traicion de los sitiados se hacia impotente?

A propósito de traicion y en perfecto acuerdo de lo que acabamos de decir, tenemos oportunidad de probar á Salm que si en México hubo algunos que traicionaban no eran ciertamente los mexicanos, sino varios de esos valientes y leales extranjeros que tanto han blasonado de serlo. Durante el sitio de México, el consejo de guerra ha juzgado á Dives capitán de contra-guerrilla, Bourlon teniente, Certain y Caret, subtenientes, por el delito de traicion, habiendo querido entregar al enemigo el fuerte de la garita del Niño Perdido, de cuya guarnicion formaban parte.

Chainett, teniente coronel, durante los últimos dias del sitio ha enviado desde la garita de Belen á un sargento de su contra-guerrilla para que dijese al gefe republicano situado en la Piedad, que si queria entrar á México por aquel punto, podia contar con que su tropa no haria fuego á la suya. Por último, y sin ocuparnos de muchos otros hechos semejantes á los que acabamos de citar: ¿qué otro nombre puede darse á los austriacos hechos prisioneros por el ejército republicano en Miahuatlan y la Carbonera, que tomaron parte contra el Imperio y auxiliaron á las tropas del general Diaz en Puebla, San Lorenzo y México? ¿Cómo podrá apreciarse la conducta de la compañía de extranjeros, al servicio tambien del ejército republicano, y la que á las órdenes del gefe liberal Certuchy, volvieron igualmente sus armas contra el Imperio? ¿Y qué, en fin, de los extranjeros que formaban parte del batallon de Cazadores en Querétaro, quienes en el momento de mayor conflicto se pasaron al enemigo?

Las Memorias de la princesa de Salm Salm en la página 7, vienen tambien en nuestra ayuda. Véase la manera con que se expresa, y téngase presente que esto pasaba en el mes de Abril. "*En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde de Kevenhüller opinó que seria conveniente rendirse desde luego, etc., etc.*"

Los hechos que acabamos de referir no son una miserable calumnia como la de que se ha servido Salm contra el general Noriega. Todas las personas que acabamos de citar son extranjeros.

La mentira, inseparable compañera de Salm en sus

Memorias, se manifiesta muy particularmente en este párrafo de ellas (páginas 298 y 299.) *“Los coroneles austriacos no dieron ninguna contestacion: sus artilleros é infantes continuaron la guardia dia y noche en las trincheras, y la caballería á rondar todas las noches por las largas calles de la capital, aunque los oficiales llevaban las botas hechas pedazos y por comida tomaban una taza de chocolate, despues de haber tomado una de café por almuerzo, mientras que los generales mexicanos imponian fuertes contribuciones, las que convertian en oro. Nada se hizo, sin embargo, ademas de esto, exceptuando en la Tesorería.”*

Tenemos á la vista los documentos originales en que constan las cantidades que se ministraron á las tropas austriacas durante el primer semestre de 1867. Para no dar lugar á interpretaciones, hemos elegido el mes de Junio, en el que, como es natural, los recursos eran sumamente escasos. Pues bien; durante los primeros diez y nueve dias de dicho mes, los cuerpos austriacos han recibido un total de cuarenta y un mil ochocientos diez y nueve pesos, noventa y cinco centavos, (\$ 41,819 95) de la manera siguiente:

Artillería.....	\$ 1,658 32
18º Batallon de línea.....	8,848 40
Cuerpo de Húsares.....	13,859 73
Cuerpo de Cazadores.....	6,612 61
Gendarmería.....	10,840 89

Así, pues, si los oficiales llevaban el calzado roto, seria porque no querrian comprar otro nuevo; y si por

total alimento durante el dia tomaban una taza de chocolate y otra de café, debe haber sido probablemente a causa de la escasez de víveres en la plaza como consecuencia del estado de sitio.

Respecto de la última parte del párrafo que acabamos de citar, á pesar de la ambigüedad con que está redactado, creemos que se quiso dar á entender que los generales mexicanos se tomaban el dinero que producian las contribuciones. A esto no tenemos que objetar otra cosa sino que, mientras el autor no designe las personas y les pruebe el delito, tenemos el derecho de decir que es una calumnia.

En la página 299 el autor se expresa de este modo, en elogio del Emperador: *“Así Maximiliano dió ejemplo á los mexicanos de un corazon noble, sosteniendo con la abnegacion mas sublime de sí mismo una causa que era ya perdida.”* \*

Hablando de las salidas que durante el sitio de México efectuaron las tropas imperiales sobre las líneas enemigas, Salm se expresa así: *“La primera salida tuvo*

\* Nadie mejor que yo conoció en el país el grande y noble corazon del magnánimo Emperador Maximiliano, pues tuve la fortuna de que sin ser príncipe, sino simplemente un humilde oficial, estuve á su lado desde los primeros dias de su llegada á México, obteniendo progresivamente el afecto y confianza del Soberano. Tuve tambien la fortuna de ser el único de los primeros antiguos servidores del Emperador, que no solo le acompañó en los dias de prosperidad, sino en los últimos y aciagos de Querétaro. Tanto los habitantes de esa ciudad, como el pequeño ejército que la defendia, son testigos de la paternal deferencia y amistad con que me veia S. M. Siento mucho tener

lugar el 18 de Mayo. La infantería imperial mexicana echó á correr al primer tiro. La caballería se desmontó y tomó por asalto las trincheras del enemigo, mientras tanto el coronel Kodolich forrageó por los terrenos adyacentes. Cargado de un botin campesino regresó la caballería á la ciudad; pero cada puñado de yerba costó una gota de sangre."

Todo esto es falso. En primer lugar, esta primera salida no se verificó el 18 sino el 12 de Mayo; en se-

que hacer esta alusion personal; pero la creo necesaria para probar las razones que tuve para conocer perfectamente las grandes virtudes del Emperador; así es que, sin negar que S. M. era muy á propósito para dar ejemplos dignos de imitarse, no me ruborizo al decir que los mexicanos no esperaron el que nos dió el Soberano. Lo probaré en pocas líneas.

Nadie ignora que el partido conservador ó monarquista del país, fué el que desde tiempo atras trabajó por establecer estas instituciones en México; por consiguiente, era natural que ese partido debia haber sido considerado como el mas firme sosten del trono. Pues bien; véamos ahora la manera injusta con que trató al partido que lo proclamó.

Todos los hombres que verdaderamente creian, y tal vez creen aún, que el Imperio seria lo único que podia salvarnos de peligros, tal vez no lejanos, fueron, unos desterrados al extranjero con frívolos pretextos y otros relegados al mas completo olvido. Al ejército, á este pobre ejército tan mal conocido y peor juzgado, ¿cómo se le trató? con el mas torpe é inmerecido desprecio, al grado de verse oficiales de buena carrera, *no improvisados*, en la miseria mas espantosa, y esto, en los buenos tiempos del Imperio.

Ahora bien: llegó un dia en que el trono se estremeció por la falta de uno de sus apoyos: Napoleon, traicionando á lo pactado y á la obra en que tanta parte tenia, abandona la empresa retirando su ejército y entregando sin defensa las principales ciu-

gundo, las tropas austriacas no fueron quienes la ejecutaron; en tercero y último el coronel Kodolich no se encontró en aquel hecho de armas. Al decir que todo es falso, no queremos que se nos crea bajo nuestra palabra; hé aquí el parte oficial de aquella operacion militar:

"2.º Cuerpo de ejército.—Tercera línea exterior.—General en gefe.—San Cosme, Mayo 12 de 1867.—A las diez de la mañana de hoy, cubierta completamente

dades de México á las tropas republicanas. Entonces, cuando todo se vé perdido, cuando muchos de los que se llamaban *amigos* del Imperio, huyen ó se ocultan vergonzosamente, los desterrados, los despreciados, los verdaderos militares, se presentan llenos de abnegacion y ponen al pie del trono sus humildes pero leales espadas, despreciando la ley de 25 de Enero y sin acordarse de sus antiguos sufrimientos.

Esta fué la conducta que observaron los mexicanos: véase la que siguieron los extranjeros, con pocas excepciones. El Imperio, queriendo ganarse su voluntad, admitió en el ejército, aun en los grados superiores, á muchos de ellos, postergando así á militares con méritos por la sola circunstancia de ser hijos del país; se hizo mas: á todos los extranjeros al servicio de México, se les designaron altas pagas, en términos de que, mientras un capitán mexicano, por ejemplo, disfrutaba un sueldo mensual de setenta y cinco pesos, otro de la misma clase, extranjero, recibia ciento cincuenta y dos pesos. Sin embargo de esta y de otras mil consideraciones que se les dispensaron, estos mismos hombres, olvidándose de la gratitud y del honor, abandonaron al Emperador desde el momento en que lo vieron quedarse solo, merced á la conducta del gobierno frances. ¿Puede darse mayor abnegacion por parte de los mexicanos? Cuantos formaban el pequeño ejército de Querétaro, y sobre todo, el general Miramon, ¿no dieron al Emperador constantes pruebas de decencia y abnegacion?—*Agustin Pradillo.*

la línea, y dispuesta para forragear la brigada del Sr. general Quiroga, emprendí desalojar al enemigo de mi frente y destruir sus parapetos, para lo cual puse en movimiento dos pequeñas columnas á las órdenes de los gefes D. José Arizmendi y D. Ramon Oseguera (mexicanos), protegidas por la artillería y por el comandante del punto de Santa María, que recibió instrucciones al efecto.—Comenzaba á desarrollarse mi combinacion, cuando se presentó V. S., y dictando algunas acertadas providencias, tuvo la satisfaccion de presenciar el éxito mas completo.—El enemigo fué arrancado de sus posiciones, perdiendo gente, municiones, caballos y armas: sus atrincheramientos destruidos, cegados sus fosos y cortaduras y perseguido hasta la hacienda de la Ascencion y Popotla. Entretanto, la brigada del Sr. Quiroga forrageó tranquilamente, tomando una parte de ella su puesto en el combate, sin desmentir la reputacion de bizarría que tiene adquirida, etc., etc.—El general, *Manuel D. de la Vega.*”

El entendido y pundonoroso general D. de la Vega, (D. Manuel) recibió del general Márquez el siguiente telégrama felicitándolo por el buen éxito de la salida:—“Sr. general Diaz de la Vega: Supliqué al señor general Cadena y al señor general en gefe, que felicite á V. S. en mi nombre por la gloriosa jornada de hoy, que lo honrará siempre.—Reciba V. S. las gracias mas expresivas y la enhorabuena mas completa y déla de mi parte á los valientes que lo obedecen. Ya pedí al Sr. general Tavera el parte de lo ocurrido, para que se pu-

blique, y la lista de los que se distinguieron para premiarlos como es justo.—Mayo 12 de 1867.—*Márquez.*”

Muy exagerados nos parecen los colores con que el autor de las Memorias pinta la situacion en que se encontraban las tropas que defendian á México hácia el mes de Mayo.

*“Cubiertos de andrajos, el hambre retratada en la cara y exhaustos de fatiga, con enemigos dentro y fuera de la ciudad, con aliados sin ánimo y con generales desleales; tal era la posicion de esos mil héroes, que tenian que taparse los oidos para no oir los quejidos de una poblacion diezmada por el hambre, y las palabras tentadoras de sus enemigos, los que al ver esta adhesion heroica se pusieron furiosos, y maldijeron lo que no podian apreciar.”*

Nosotros no nos encontramos al lado de las tropas que combatieron en México, en cambio formamos parte de las que durante setenta dias de un sitio rigurosísimo, defendieron la capital de Querétaro. Quizá no podremos juzgar imparcialmente en este asunto: sin embargo, no creemos pueda haber término de comparacion entre las respectivas circunstancias que guardaron las dos plazas. Querétaro, poblacion miserable, llena de inconvenientes para la defensa, cercada por treinta y cinco ó cuarenta mil hombres de las tropas mas selectas del ejército republicano; sin haberse tenido la precaucion anticipada de almacenar los víveres y municiones necesarias; teniendo necesidad de tomar el salitre de las paredes, el plomo de los techos, y el fierro de las rejas; sin campos en que forragear, y obligados hasta librar diarios combates para tomar el agua. Queré-

taro, lo repetimos, no llegó jamás á esa horrible extremidad á que se pretende hacer creer que llegó la capital de México á los treinta y cinco dias de sitio.

Por estas razones, y por las que nos han referido muchas de las personas que se encontraron en México durante el sitio, no podemos creer en la exagerada situacion á que el príncipe de Salm ó el *testigo presencial* que se lo refirió, pretende hacer entender llegaron las tropas y la poblacion de México.

No sabemos cuáles serian *los aliados sin ánimo, los generales desleales, y esa poblacion diezmada por el hambre*, en medio de los que se encontraban esos *mil héroes*. El autor de las Memorias ha hecho mal en no designar por sus nombres á esos generales. Si los aliados sin ánimo eran, como puede presumirse, los soldados mexicanos, la version es falsa e indigna, pues esos soldados han peleado hasta el último instante sin haberse hecho acreedores á esta infame acusacion.

Los soldados mexicanos, sufridos en la desgracia mas que ningunos otros del mundo, no levantaron jamás el grito de la rebelion ó de la inobediencia; no merecen, pues, ser tratados de un modo tan injusto.

Los sucesos acaecidos en México durante los primeros veinte dias del mes de Junio, explicados en las memorias de Salm, no merecen la pena de ser analizados por nosotros, y puesto que ya son conocidos por la mayor parte de nuestros lectores, nos abstendremos de repetirlos. Uno solo ha llamado nuestra atencion: la conducta de las tropas austriacas al celebrar convenios ó tratados con el enemigo por conducto é intervencion del

baron de Lago, encargado de negocios de Austria. Tal vez estaremos equivocados; pero somos intransigentes en todo aquello que parece lastimar la disciplina y el honor militar. Por esto es que preguntamos: ¿Los austriacos estaban al servicio de la persona de Maximiliano, ó al del Imperio de México? ¿Eran súbditos austriacos ó mexicanos, desde el momento en que disueltos los cuerpos austro-belgas, habian quedado al servicio de la nacion mexicana? ¿Era de las arcas de Francisco José ó de Maximiliano, de las que salian las cantidades necesarias para pagar aquellas tropas? Es indudable, segun nuestro sentir, que las tropas europeas faltaron á su deber, entrando en tratados ó convenios con el enemigo y obedeciendo las órdenes ó indicaciones del baron de Lago y aun las del mismo Emperador Maximiliano, quien con motivo de hallarse prisionero, no era legal cualquiera disposicion dictada por él. Los austriacos no eran tropas extranjeras que combatian en México como aliados; eran soldados mexicanos, sujetos á la misma ordenanza, á los mismos goces, á las mismas privaciones de los hijos del país alistados en el ejército. Estas tropas deben felicitarse aún de haber cometido semejante falta en los momentos en que las circunstancias eran tales, y se rodeaban de tal manera, que el general en jefe se veia atado de manos para tomar con ellas las severas providencias que demandaba el caso.

Antes de concluir, tenemos que consagrar algunas líneas á nuestro infortunado amigo el general Miramon, á quien Salm ha tenido la avilantez de calum-

niar, y la audacia de negarle todos los merecimientos á que se hizo tan digno en el memorable sitio de Querétaro.

Dedicaremos tambien algunas palabras al príncipe, con lo que daremos término á nuestra tarea de escritores.

Como lo hemos dicho en el curso de este opúsculo, el general Miramon fué en Querétaro el gefe que mas se distinguió por su valor, actividad y disposicion: era la cabeza y el brazo: meditaba y ejecutaba; por esto es que, el Emperador Maximiliano, aunque predispuesto contra él en los primeros dias del sitio, á causa sin duda de las apasionadas sugeriones de algunos malos amigos del general, lo honró mas tarde con toda su confianza, con todo su afecto, con todas sus distinciones. Aun en el momento de morir, en ese momento en que nada se finje, en que nada se gana con mentir, el Soberano le ha dado una muestra pública de estimacion.

No seremos nosotros quienes se atrevan á hacer el panegírico del general Miramon: México y aun la misma Europa lo ha hecho ya antes. Pero estaba reservado al príncipe de Salm lanzar sobre la respetable memoria del jóven general el ridículo y la calumnia, únicas armas de que se sirve en sus Memorias.

Falta únicamente probar á Salm, que si, como dice, fué nombrado general condecorado con las cruces de grande oficial de las órdenes del "Aguila mexicana" y "Guadalupe," y gefe de la casa del Emperador, dichos nombramientos son inválidos. En efecto, desde el momento en que Maximiliano, prisionero en Querétaro,

abdicó la corona de México, no cabe duda que dejó de tener el derecho de hacer esas ó semejantes concesiones: así pues, todos los actos emanados de su autoridad desde las ocho de la mañana del 15 de Mayo de 1867, son ilegítimos, y por consiguiente, inválidos. El despacho de general que se dió á Salm, es indudablemente nulo, puesto que el 20 de Mayo solo se le daba por el mismo Emperador el título de coronel, y aun él mismo suscribió un documento oficial, usando en la ante-firma del mismo título. Véase el texto de dicho documento que obra en la página 193 de las Memorias. "*Querétaro, hacienda de Hércules, Mayo 20 de 1867.— Autorizo á mi coronel y ayudante de campo el príncipe de Salm Salm, etc., etc.*" Y luego, en la pág. 195: "*Tengo el honor de ser, general, vuestro servidor.—(Firmado.) Príncipe de Salm Salm, coronel ayudante de campo de S. M.*"

Por el mismo estilo que el nombramiento de general, y aun con fechas posteriores, nos cuenta Salm la manera con que fué condecorado con las cruces que hemos mencionado.

Ademas de esto, ninguno de los generales, gefes y oficiales del ejército de Querétaro tuvo noticia de semejantes nombramientos.